

SIN RESPUESTAS PARA ESO

Francisco Miguel Cubero Lorón

Image not found.

Capítulo 1

Sin respuestas para eso

"Marta, si no te has enterado, ven al colegio, que estamos casi todas la madres allí, que ha pasado algo y no deja la policía acercarse. Nosotras, las habituales, estamos en la calle Rosalía de Castro, a la altura del número 20. Pero no pierdas tiempo porque nos están obligando a retirarnos aún más". Y el whatsapp de Paquita, acababa ahí.

Marta, insistió para que le diera más explicaciones antes de cerrar la floristería que tenía desde hacía más de cinco años, pero no contestaba. Así que asustada y todo, llamó a sus padres para decirles el aviso que había recibido y que ya les diría cuando supiera algo más. Y con el corazón a toda velocidad, escribió una nota exculpatoria con sus clientes, bajó la persiana y la pegó sobre ésta con cuatro tiras de cinta adhesiva cortada con los dientes: "He salido por un asunto urgente. Ruego disculpen. Abro en cuanto pueda".

Mientras cerraba con el candado, un helicóptero de la policía, pasaba en dirección hacia donde más o menos, estaba el colegio de Jorge y, a lo lejos, sonaban sirenas que volaban sobre los tejados, esparcidas en todas las direcciones.

Marta, estaba asustada pensando en Jorge y en todos los compañeros de colegio, y en lo que podría estarles pasando. Con el corazón en un puño, paró un taxi y le explicó que era la madre de un alumno del colegio Giner de los Ríos, que la llevara hacia Rosalía de Castro, y que si sabía qué estaba pasando.

El taxista se disculpó, porque iba oyendo música y, no, las noticias.

- "Espere, que las pongo ahora", le dijo él. Puso una emisora de todo noticias y, enseguida, empezaron a narrar lo que en ese colegio estaba pasando:

- "Sí..., compañeros, estoy en el perímetro de seguridad que ha marcado la policía en torno al colegio Giner de los Ríos. Las noticias son muy confusas, pero parece ser que hay varios muertos y heridos, entre maestros y alumnos. Las ambulancias se abren paso como pueden, para entrar y salir del cinturón de seguridad y de la gente, padres y madres de los alumnos, que se han agolpado para saber qué está sucediendo con los que están dentro del colegio, y que está como a unos 400 mts. del cordón

policial..."

"Muertos y heridos...", pensó aterrada Marta con una náusea que le desembocó en un vómito dentro del taxi.

- "Perdone, señor, no lo he podido evitar al oír al comentarista, ahora se lo limpiaré cuando lleguemos..., pero es que mi hijo está ahí, ¿sabe? ¡¡Está ahí, joder, y sólo tiene siete años...!!", y se echó a llorar.

- "Nada, no se preocupe, mujer, ya verá como todo se arreglará y luego no será para tanto. Tampoco el periodista tenía noticias ciertas, por lo que ha dicho, ya sabe lo que pasa en estos casos: cunde el pánico y uno cuenta al otro, y éste al siguiente y se va haciendo una bola que crece, sin motivos verdaderos. ¿Cómo va a haber muertos y heridos, en un colegio... quién va a querer hacer daño a niños pequeños? Y no se preocupe de lo que se haya manchado, que tiene fácil solución. Lo importante es lo que esté pasando realmente, allí". Y una coche de la policía exigió paso a golpe de sirena, seguido de dos ambulancias. Y detrás, un furgón de la policía.

Marta los miró pasar y se agarró a la tapicería de los asientos delanteros.

- "¡Cabrones del ISIS..., seguro que han tenido que ser ellos! Pero a mi Jorge no, por favor..., a mi Jorge, no...".

Ocho años habían pasado desde que Marta, después de empeñarse en ser madre a toda costa, sin tener ni novio, ni marido, ni oficio, ni beneficio y con 30 años, comprendió que necesitaba serlo. Sin beneficio, lo de las inseminaciones artificiales, había que descartarlo. Así que sin pensárselo dos veces, decidió que como lo natural, nada. Se fue un sábado a la discoteca "Éxtasis", sola, porque no quería testigos, se tomó dos cubatas bien cargados y se puso a examinar qué donante de toda aquella tribu de hombres apoyados en la barra mirando a las que bailaban, era el idóneo. Y descubrió uno con un físico espectacular, sobrado de carisma, y una sonrisa de hombre acostumbrado a que tampoco esa noche le faltaría un bocado que echarse al cuerpo. Así que..., ya, porque otras chicas con ganas de sólo juerga, revoloteaban en las proximidades del elegido.

- "Yo te conozco: tú eres Luis", le dijo sin tener ni idea de quién era. Pero si no le faltaba ego, entraría al trapo como el depredador nato que parecía.

- "Para ti, soy, quien quieras. Pero mejor, si me llamas Alberto, como todo el mundo", le contestó él, un poco desconcertado ante si era verdad que le estaba confundiendo, o era un "aquí estoy, para lo que gustes servirte". Y la niña, estaba para comérsela. Un poco más mayor que las demás..., y que él, pero eso la hacía más apetecible. Tampoco le extrañó tanto,

porque raro era el finde, que no pescaba en aquél río revuelto de bebidas mezcladas con alcohol y música atronadora.

- "Pues tú, Alberto y, yo, Marta", le contestó mirándole a los ojos e imitando el "yo..., Tarzán; tú..., Jane".

- "¿Y qué te trae por aquí, Martita...?", dijo él condescendiente, mientras pensaba: "Ésta, cae..., fijo".

- "Tú", le dijo Marta para que no hubiera dudas.

- "¿Yo?", contestó él sonriendo, mostrando una línea blanca y perfecta de dientes, tantas veces ensayada en el espejo de su cuarto.

- "Mira, tengo poco tiempo, y estoy un pelín borracha y bastante..., ¿cómo te lo diría, yo...? ¿animada..., quizás? Lo digo para no andarnos con preámbulos ni cortejos inútiles. Te he elegido porque eres el más guapo de la barra y, si quieres y tienes un coche en ese parking que hay ahí afuera, te lo cuento más despacio". Touché. Alberto no se lo pensó dos veces, porque algo así, ni a él le pasaba muy a menudo.

Y como sí que tenía coche en la explanada, pues nueve meses más tarde nacería Jorge, el niño más bonito del mundo, según su madre. Nunca conocería a su padre pero..., así era la vida.

Cuando se confirmó que estaba embarazada, se lo explicó a sus padres de forma somera, pero haciéndoles saber que no había nada accidental en ello, sino algo programado con un frío cálculo de mujer. Asumido el hecho por sus padres, fueron explicando éstos a los demás, a medida que Jorge aumentaba en las entrañas de Marta, que no sabían cómo no había tomado medidas..., que ya se sabe esta juventud que es que todo les da igual..., que a ver, sin padre la criatura y, ella, soltera, que bueno, que ellos estarían para lo que hiciera falta, qué le vamos a hacer, no la vamos de dejar tirada por un fallo, que todos somos humanos..., y otras explicaciones parecidas para cuadrar aquél círculo.

Y Jorge nació, hermoso y guapo como su padre, casi 4 kgs. de carne vaciados sin mayores problemas en el paritorio, porque lo de los mecagüendioses de las parturientas eran, para el personal médico, como los trenes para los gorriones de la estación: un, ni puto caso.

- "Ya estamos entrando en Rosalía de Castro, y se ve mucha gente al fondo... ¿quiere que la deje aquí, o seguimos todo lo que podamos?", preguntó el taxista.

- "Sí, por favor, siga hasta donde nos permita la policía, o toda esa gente.

Mis amigas han dicho que estarían por ahí", contestó Marta.

Alguien, golpeó en el cristal de la ventanilla. El taxista se giró, y vio a un policía que le señalaba que parase echándose a un lado, para dejar pasar a una tanqueta blindada de la policía, que intentaba abrirse paso entre la gente apiñada en donde comenzaba el cerco de seguridad más próximo al colegio. La tanqueta hacía sonar su sirena y los angustiados familiares de los alumnos, colaboraban como podían en que traspasara la barrera humana.

Marta, se excusó de nuevo ante el taxista, le pagó la carrera y se apeó. Él le deseó suerte, aunque ella no se percató de su despedida porque sólo intentaba localizar a alguna de las otras madres que conocía de cada día en que se juntaban para tomar un café, después de dejar a los niños en el colegio. Ahora, la gente se amontonaba ante el número 56 de Rosalía de Castro, muy por detrás de lo que ponía en el whatsapp recibido. Marta, seguía buscando entre la multitud, alguna cara conocida.

- "¡¡¡Marta..., que estoy aquí...!!!", gritó alguna, por encima del murmullo de todas aquellas personas. Marta se giró, y vio una mano alzada, agitándose para llamar su atención. Reconoció a Paquita, y se fue corriendo hacia ella. Se abrazaron y enseguida Marta le preguntó:

- "Pero... ¿qué pasa, qué ha pasado? ¿qué se sabe de los chicos? Cabrones terroristas..., ¿qué culpa tienen los niños... eh?", buscando respuestas Marta, para todo aquello.

- "No sabemos nada con seguridad, aunque la gente comenta que sí, que ha habido muertos, que se han oído disparos, que un helicóptero de la policía está sobrevolando el colegio y hasta dos drones están recorriendo la zona por el aire, que los he visto hace muy poco. Estoy acojonada, Marta, menos mal que has venido, porque tengo una angustia por los chicos nuestros... Bueno, por todos, claro", y se abrazó a ella, sollozando.

Un señor que estaba al lado de ellas, le aclaró a la recién venida: "Es que no han dejado entrar en el colegio a las ambulancias para retirar a los afectados, por miedo a nuevos disparos. Para eso ha venido ese vehículo blindado, para poder entrar en el colegio, sin riesgo. Yo tengo a mis nietos".

"Capitán, aquí sargento Urrutia, operador del dron número 2. Al sobrevolar la zona del patio, sobre las ventanas que hay encima de la puerta que pone "Dirección", me ha parecido ver en la ventana tercera, un reflejo que podría ser de una mira telescópica y un bulto que podría ser el de la persona que ha realizado los disparos, o una de ellas. Yo, lo tengo en la pantalla y parece que está cubierto por una red como de camuflaje. Imagino que ya se habrá dado cuenta de que lo tengo vigilado, por lo que sería conveniente situar el dron 1, en la parte de atrás del edificio, para

seguir al sospechoso, si pretende huir por ahí. Corto".

- "Mantenga al dron en la posición actual e intente no perder al sospechoso, de su pantalla; y sí, ya le hemos dicho al operador del número 1, que controle esa zona posterior. Gracias".

- "Aquí, Fernández. Ya tengo localizado al sujeto en el visor de mi rifle. Veo que porta un fusil de asalto, posiblemente ruso, con mira telescópica. Estoy en el piso cuarto, del ala del edificio, a la izquierda de donde él está, así que estoy listo para abrir fuego, si se me ordena. No se nos puede escapar ese cabrón, viendo los cuerpos de los... siete niños y cuatro adultos, en el patio. Joder, capitán, que tengo yo dos niños de esa edad, y que podrían haber sido ellos, también, si en vez de venir aquí, se va al María Auxiliadora".

- "Tranquilo, Fernández. Por muchas ganas que le tengamos..., interesa cogerlo vivo, por si tiene a más gente detrás. No separe la cruz de su visor, ni el puntero laser, de su cuerpo. Ese cabrón, ya es nuestro, y no parece que haya ningún otro cómplice por aquí".

- "¡¡Atención a los profesores que están refugiados en la aulas, con los niños: lleven a éstos a la pared de la clase que da al patio, y manténgase todos agachados, sin asomarse a las ventanas. Es muy importante, porque se trata de un francotirador. Manténganse todos agachados y pegados a la pared que les protegería de nuevos disparos. Aunque creemos que ya está localizado, y por si intentara huir tomando rehenes, bloqueen las puerta de las clases, con cerrojos y con muebles para impedirle la entrada. Deben hacer todo esto, ya, y agachados. Es muy peligroso caminar del pie, por las clases, mientras no haya sido detenido o puesto fuera de combate!!".

- "¿Has oído algo de lo que ha dicho la policía por megafonía, Marta?", preguntó Paquita, que sólo había entendido alguna palabra suelta, por la distancia. "Creo que ha dicho que es un francotirador ¿no?"

- "Sí, eso me ha parecido a mí también. Como le haya hecho algo a mi Jorge, me cargo a ese cabrón, como que me llamo Marta. Si lo cogen y lo enjuician, ese hijoputa no sale vivo de la sala del Juzgado. Y si me encierran, que me encierren pero, ése, no se ríe de mí", se desahogó así, de la tensión que estaban viviendo. "Contra niños y profesores..., es que hay que ser cabrón y malo, Paquita: cabrón y malo. Y si tiene traumas de la infancia, que le den. Yo también los tuve, y me jodí yo sola". Y se echó a llorar, muerta de miedo por su hijo.

- "Venga, Martica, que ya verás cómo todo nos saldrá bien. Y no vas a matar a nadie si lo cogen: Jorge necesita a una madre y no una madre-coraje entre rejas", trató a animarla y animarse con sus palabras más reflexivas. "Si ha matado a alguien ese cabrón..., ya no tiene solución, por

muchos años de cárcel que le caigan ¿Qué tienen en su cabeza, y en su corazón, estas personas...?", se preguntó al final, Paquita.

- "Odio, mucho odio, como el que tengo yo ahora contra él", respondió Marta, sumida en un terror que le retorcía el estómago.

Alberto y Marta, salieron de la discoteca y se dirigieron hacia la explanada repleta de coches. Él, aún no se podía creer que le estuviera pasando aquello, que esa mujer que le llevaría 6 ó 7 años más, lo hubiera elegido sin más méritos propios, que su aspecto físico. Conocía su propio atractivo y que de él se servía para ligar pero, normalmente, las chicas, sólo dejaban entrever que estaban interesadas en conocerle y, ya, después, todo el trabajo de seducción era suyo. Pero el ego, como ocurre tantas veces cuando nos utilizan, le impedía ver que Marta era eso lo que estaba intentando: utilizarle.

Y las dudas de ella, sobre si aquello que estaba haciéndole a ese chico joven a quien no conocía de nada, ni nada malo le había hecho y a quien quería convertirlo en padre sin su consentimiento, pues que si era justo que así, de esa manera, lo hiciera. Ayudada por los cubatas para tapar sus remilgos, llegaron hasta el coche de él, un Opel Vectra, tuneado y reluciente, que casaba muy bien con la aparente personalidad del joven.

Alberto, pulsó el mando y el sonido de las puertas al saltar los seguros se oyó en el silencio de esa noche cálida de verano. Al fondo, y a través de las paredes del edificio de la discoteca, se escuchaba un rumor de música machacona. Los dos, pasaron a la parte trasera y cerraron las puertas. Era guapa Marta, sí, un poco madurita para él, pero guapa, pensó mientras dejaba sitio a su compañera.

- "¿Qué..., quieres que vayamos a algún sitio, a tomar algo, o... qué prefieres?", le preguntó Alberto.

- "Preferiría follar, si no te importa", contestó ella, para nada melosa y en un tono que parecía indicar más bien, "que ya tardamos".

Ante ese reto que le hacía, y que era toda una exigencia, el cuerpo de Alberto se puso en marcha tensándose para demostrar que el dueño era él, y que él marcaba los tiempos. Y los actos, también. "Pues ni condón, ni hostias. Y si se queda embarazada, que se quede. Joder, cómo me ha puesto esta tía: se va a enterar..., qué cabrona", pensó mientras intentaba desembarazarse de la ropa que le sobraba para hacerle saber a ella, quién era él.

Y ahora, con todo el tiempo transcurrido desde aquella noche, sin que ella le hubiera echado en falta nunca para nada, a pesar de todas las preguntas que Jorge le había ido haciendo sobre su padre y de porqué no tenía ni una foto de él, ahora que ella estaba en medio de toda aquella

gente, llena de incertidumbre ante lo que habría pasado y lo que aún podría pasar en aquél colegio, ahora le habría gustado que el padre de Jorge, estuviera allí, por si con la policía no fuera suficiente para salvarle.

Pasaron los nueve meses exigidos en los embarazos y, ya, con su hijo en brazos, Marta volvía a casa de sus padres quienes estaban felices de verlo allí, tan hermoso, tan tragón, que su madre no daba abasto con sus dos pechos, de saciar el hambre del muchachote. Ni oficio ni beneficio: sólo la voluntad férrea de ser madre a toda costa y de que quería sacarlo sola, adelante. Marta, nunca fue una hija fácil, ni una amiga fácil, ni hubiera sido una empleada fácil, porque ya nació cabreada con el mundo. Así que a la hora de buscarse la vida para vivir, convenció a sus padres para que le prestaran sus ahorros y poder coger en traspaso, una floristería que funcionaba bien aparentemente, sólo que los propietarios habían decidido que querían, ya, jubilarse. Ella sería allí su propia jefa, donde hacer su santa voluntad sobre cómo llevar el negocio, en un barrio donde sin grandes alharacas, la gente se regalaba flores y no necesariamente por primavera. Luego descubriría que los clientes, los proveedores y los del banco donde tenía la cuenta del negocio, también ejercían de jefes, e imponían sus criterios..., si no los mandaba a cascarla. Pero bueno, "ella, es así", que solían decir, tolerantes, los que la trataban. Tenía una habilidad innata con las flores y éstas, notaban esa forma tan maternal de cómo las trataba. Así que se lo agradecían en forma de vivos colores, lozanía, y un aroma que embriagaba a las clientas, que acababan comprando más de lo que en su idea inicial, llevaban al entrar. Fácil..., fácil..., sólo lo era como madre. Y Jorge era su debilidad, el que la volvió humana, más humana, bajo la piel correosa con la que se defendía en la vida. Y las personas que la conocían, sabían valorar la parte del coraje sobrante, que empleaba en ayudar a los demás si, desvalidos, le pedían ayuda.

- "Atención: le está hablando el capitán de la policía, intentando que deponga su actitud para parar este dolor que ya ha causado, y para que no vaya a más. Sabemos dónde está y le tenemos rodeado, con varios tiradores de élite, apuntándole. No tiene escapatoria. Es..., o se entrega, o dispararemos a matar, porque no nos deja otra alternativa. Salve su vida y será tratado con los derechos que todo acusado tiene. Si es así, saque el cargador de su arma y tírelo al patio. A continuación, lo mismo, pero con su rifle. Y luego, apoye las manos sobre el marco de la ventana y asome su cuerpo para que podamos verle. Recuerde: no haga ningún movimiento brusco que podamos interpretar como un acto hostil, porque será hombre muerto. O mujer, si es el caso. Tiene un minuto, para tomar su decisión. Pasado ese tiempo, abriremos fuego sobre usted y morirá. Empieza la cuenta atrás, pero ríndase. Es lo menos malo para usted". El capitán, cerró el megáfono y consultó su reloj. "Atención, tiradores: no lo pierdan de vista y preparados por si hay que abatirlo. Confiamos en que no haga falta. En un minuto, se les dará la orden de disparar, o se anulará si se

rinde. Corto", y cerró la comunicación por la radio.

Juan-Carlos, cuando aún le faltaban 5 meses para cumplir 22 años, estaba a punto de salir del anonimato en que había estado su vida, pero se encontraba en una situación muy comprometida.

Nunca le había gustado la gente, su manera de actuar y de vivir la vida. Sin esas preocupaciones que para él tan importantes eran y el egoísmo que impregnaba la vida de todos los demás, donde él no existía para ellos. No comprendía por qué le odiaban, pero era así. Ahora era él quien odiaba a este colegio, a los profesores que sólo atendían a los alumnos brillantes con quienes ponerse medallas ante el director, y a sus compañeros de clase que le gastaban bromas, que se burlaban de él porque era retraído, y se volvía más retraído porque se burlaban de él. Sabía que algún día les haría pagar a todos, el daño que había ido recibiendo por parte de unos culpables inconcretos, por lo que su justicia la tendría que aplicar también de forma inconcreta.

Aunque ya no iba a poder poner en marcha la segunda parte de su justicia: las chicas. Las había dejado para el final, porque el daño que ellas le habían hecho, era mayor. Sus desprecios, los fue acumulando como expedientes en los armarios de un juzgado, y estaban a rebosar de ellos. Él, siempre había sido educado con ellas y por alguna razón que no entendía, ellas elegían a los que las trataban mal, con desdén, con esos aires de superioridad que no soportaba y que él era incapaz de sentir. Los más conquistadores de la clase eran peor que él pero, ellas, los preferían. No era justo. Y lo hacían para hacerle daño, eso lo tenía muy claro.

Y ahora... ¿qué? Pensaba que le daba igual matar, que morir pero, a la hora de la verdad, o sea, ahora, se daba cuenta de que matar era mucho más sencillo y placentero. Producir dolor y ser alguien con eso..., estaba en sus fines; pero no, el dejar la obra a medio concluir y, además, morir.

Disponía de un minuto para tomar la decisión, solo que ahora era él a quien dos o tres tiradores que veía encaramados en el tejado y en dos ventanas superiores, estaban dispuestos a apretar el gatillo. Dispuestos y deseando. Ahora era cuando estaba imaginando los fogonazos de sus fusiles y las balas viajando a cámara lenta directas a su cabeza, que saltaría hecha pedazos, porque habían transcurrido aquellos últimos 60 segundos de tomar la decisión adecuada. Ahora él, sería como esos otros a quienes había señalado fatídicamente con su fusil, y que las tanquetas blindadas de la policía habían conseguido retirar del suelo del patio aquél en que, él, durante años, jugó apartado de sus compañeros.

- "¡¡Quedan 20 segundos... entréguese!!", gritó de nuevo el capitán.

Juan-Carlos, volvió a la realidad, soltó el cargador de su arma y muy despacio, sin darles motivo para que dispararan, asomó la mano por la

ventana, y lo dejó caer al patio. La tensión de todos, se relajó un poco. Sólo un poco porque aún no había terminado la pesadilla, que podría acabar como en tantos casos, en un cinturón de bombas adosado a su cuerpo, con el que se inmolase.

A continuación, asomó primero la culata del rifle ruso que se podía adquirir por internet en el mercado negro de armas, y lo dejó caer también. Asomó sus manos en el marco de la ventana, se incorporó y se dejó ver, para entregarse.

- "¡Grupo de asalto: adelante! ¡Artificieros: atentos, que los quiero ilesos, no se confíen de ese cabrón! ¡Tiradores: sigan apuntándole y ante cualquier gesto raro, ni lo duden!".

En cinco minutos, todo había concluido y el asesino, detenido. La policía, fuertemente protegida con chalecos y escudos antibala, fueron recorriendo todas las dependencias del colegio y cuando una ala ya era considerada como segura, se iba dando orden de evacuar las aulas que en ella había. Los niños salían llorando y asustados, cogidos unos a otros, y los maestros seguían insistiendo en que fueran pegados a la pared que daba al patio y con las cabezas bajas, porque en estos casos, nunca se estaba seguro del todo.

- "¡Que lo han detenido, al francotirador, sí, que lo acaban de decir por la radio!", gritó un hombre próximo a donde Marta y Paquita estaban, y en una primera reacción, se abrazaron pensando que todo se había acabado. Pero su alegría se apagó, cuando el hombre, menos alegre ya, añadió: "Dicen que han retirado siete cuerpos de niños y tres, de adultos, posiblemente, maestros. Pero no dicen si muertos, o no".

"¡Siete cuerpos de niños, Paquita..., siete...! Joder, ¿porqué no nos dicen más cosas, porqué no nos dejan ya, avanzar para llevarnos a nuestros hijos, porqué...?", se preguntaba Marta inútilmente, porque la policía seguía con el protocolo de seguridad para estos casos, y debía de cerciorarse de que, verdaderamente, todo se había acabado, antes de permitir que los familiares se llevaran a los niños con ellos.

La policía, entró en tromba en la dependencia que Juan-Carlos había utilizado como puesto de caza desde la que impartir su justicia y se abalanzó sobre él, tumbándolo en el suelo, boca abajo, y fue cacheado por los artificieros vestidos con sus trajes anti explosión en busca de algún cinturón de bombas que pudiera llevar en su cuerpo y evitar que estallaran. Una vez inspeccionada toda la estancia y recogidas las pertenencias que llevaba Juan-Carlos en una bolsa (varios cargadores de su fusil de asalto y un cuchillo de grandes dimensiones), fue levantado del suelo, con las manos esposadas a la espalda y comenzado un interrogatorio rápido para que les informara de otros posibles cómplices

de aquella matanza.

Juan-Carlos, lejos del comportamiento habitual de los terroristas, se echó a llorar y a pedir que no lo mataran, que no dijeran nada a sus padres, que estaba solo en "aquello" y que él sólo pretendía vengarse de todo lo que los demás le habían hecho sufrir a él, desde siempre, desde que él tenía uso de razón. Enseguida se dieron cuenta de que la aventura de este asesino tenía muy poco recorrido, un acto aislado producto de un rencor contra la sociedad. Ni Al Qaeda, ni ISIS, ni lobo solitario, ni nada de lo que todos los medios de prensa estaban dando como algo casi seguro, y que también era la primera hipótesis de la policía. Ahora, comprobaban que sólo era un joven perturbado pero más dispuesto a matar, que a morir.

Medio en volandas, fue llevado por varios agentes, hasta uno de los furgones que había y fue sacado del colegio, escoltado por 2 coches patrulla delante y otros dos, detrás. Aún así, cuando esa caravana atravesó el grupo de familiares que rodeaba la escuela, la rabia de éstos se desató a ciegas, sobre cada vehículo que salía, y el... "¡entregádnoslo a nosotros!!", era un clamor de ira contra el causante del dolor aquél, y hasta contra los policías que estaban obligados a defenderlo de una justicia de arrebato.

Cuando se dio por concluida la fase seguridad en busca de otros cómplices o explosivos ocultos, se permitió que los niños fueran saliendo al centro del patio, agrupados por clases y que, comenzando por los más pequeños, fueran llamando por megafonía a sus familiares para entregárseles, y que aquella pesadilla, se acabara.

- "Venga, Marta, que ya están llamando a los de la clase anterior a la de los nuestros. Les damos un achuchón bien fuerte, los recogemos y nos vamos. Que sí, que ya verás cómo no les habrá pasado nada. Mujer..., que tú siempre has sido la que tienes más agallas de todas nosotras, no te me vengas abajo ahora, que estamos a punto de recuperarlos, ya lo verás..."

Pero Marta sólo lloraba y se abrazaba a su amiga, porque tenía miedo a una posible verdad. Ella, la que había sabido sacar adelante a Jorge, la que compartía su trabajo en la floristería, no siempre boyante, con los deberes de su hijo en la trastienda, con las enfermedades no graves que le impedían acudir al colegio, luchando con los proveedores a los que había devuelto algún pago, mintiendo para que le siguieran enviando género, porque había sido un error del banco. Y al banco, diciendo que sí, que atendieran el recibo del alquiler que mañana iba a ingresar un cheque por las flores con las que había adornado una boda, o un funeral; mentiras que poco a poco iba convirtiendo en verdades, para que nadie, al final, la dejara tirada. Y lo había conseguido también, con alguna ayuda de

sus padres.

La mujer difícil que a veces era, estaba refugiada en su amiga, que era más buena que un pan, pero que mostraba más entereza que ella, ante la incertidumbre.

- "¡¡Primero de Primaria..., primero de Primaria...!!", gritó el director del colegio, por el megáfono. "¡Pasen a recoger a los niños: primero de Primaria..!".

- "Vamos, Paquita, vamos a por los chicos, que nos esperan", le dijo Marta, queriendo mostrarse más fuerte en esos momentos en que Jorge la estaría, porque estaba allí, seguro, necesitando. Y agarró con fuerza la mano de su amiga, abriéndose paso entre quienes seguían esperando la llamada del siguiente curso. Y mientras ellas caminaban hacia el centro del patio, otros padres, otros abuelos, venían sonrientes, tranquilizados, con sus hijos o sus nietos, de la mano. Eso, les dio esperanzas.

Ahora, el círculo de familiares se había ido acercando a pesar de los esfuerzos de la policía por mantenerlos algo distantes todavía y ya estaban alrededor de la verja que separaba el colegio y la calle, intentando ver a los suyos entre los diversos grupos de niños que allí esperaban, con las maestras y maestros, que luchaban por calmar sus ganas de salir de estampida cuando reconocían a sus madres y padres, en las personas que avanzaban hacia ellos. Marta y Paquita, eran unas de esas personas angustiadas, que iban hacia el grupo de primero de Primaria.

Y mientras buscaba a Jorge, entre todas aquellas cabecitas de más o menos la misma altura, ahora que el valor de su hijo se agrandaba para ella por la incertidumbre, se acordaba de sus padres. Y veía, se veía a sí misma, como esa niña rebelde, más rebelde cuanto más adolescente, y más difícil cuanto más recibía de ellos sin que nada, a cambio, les entregase. Ni siquiera un poco de afecto. Los había visto, de siempre, como personas como si su única finalidad en esta vida fuera, el sobrevivir. Sin inquietudes, desmotivados ante la injusticia de la sociedad, resignados sólo porque habían conseguido vivir mejor, un poco mejor, que sus padres y sus abuelos. Su obsesión era que Marta "se labrara un futuro", le decían, que se buscara un trabajo, algo que le permitiera salir adelante para cuando ellos ya no pudieran ayudarla, pero ella sólo veía que gracias a su trabajo, alguien, se iba a aprovechar para enriquecerse a su costa. Y se rebelaba a trabajar. "No quiero ser como vosotros, agradecidos por las migajas que os han dado vuestros jefes", se excusaba, sin rechazar por eso la paga del fin de semana, la comida de cada día, la casa humilde, pero casa, la ropa que le compraban..., hasta que un día madurara y se diera cuenta de que "la vida..., es así". Ese conformismo la sacaba de

quicio.

Seguía avanzando mirando a cada niño y Paquita, gritó: "¡Ahí está mi Antonio!". Se soltó del brazo de Marta y corrió hacia su hijo. "¡Antonio, cariño!", y se abrazó a él. Marta, vio a más madres y más padres que vivían momentos parecidos a los de su amiga al encontrar bien a sus hijos pero, ella, seguía sin ver nada entre tantas cabecitas que miraban sin comprender muy bien qué había sucedido esa mañana. Y la angustia iba creciendo en su pecho haciéndola a ella más pequeña, y se acordó de sus padres, y se le resbalaron unas lágrimas por sus mejillas porque, tal vez, había sido muy injusta con ellos.

- "¡¡Mamá...!!", oyó aquélla voz y era la de Jorge, seguro, y buscó sin ver, de tanto querer mirar. "¡Que estoy aquí...!". Y levantó la mano, porque se daba cuenta que ella no le veía. Y estaba delante de su madre. Marta se le abrazó, y se le soltó la llorera que había estado reprimiendo en todo ese tiempo, desde el whatsapp.

- "Cariño..., cariño..., ¿estás bien? ¿estáis todos bien...?", le preguntó mientras le tanteaba el cuerpo en busca de algo que no estuviera bien, o fuera de su sitio.

- "Sí, mamá, claro que estoy bien. Sólo, nos han encerrado en la clase y nos han obligado a estar agachados y pegados a la pared, porque decía doña Merche que era un juego y que el que ganara, que le iban a dar un premio. Yo, no me he movido del sitio, pero no he ganado nada".

- "El premio era..., estar juntos tú y yo, como cada día", dijo Marta revolviéndole el pelo crespo que tenía, con su mano.

- "Yo, no me he creído que aquello fuera un juego. Cuando jugamos, doña Merche..., no pone esa cara que hoy tenía. Ni eran petardos lo que decía que se oían. Es que..., yo sí que he mirado un poco, por la ventana", dijo Jorge.

- "Bueno, lo importante es que todo ha pasado... ¿no? Y lo que has visto por la ventana..., debería ser nuestro secreto. Tus compañeros..., mejor si no lo conocen, ¿vale...?", terminó la conversación, la madre.

- "Vale", y le dio la mano a ella cuando vio venir hacia a ellos, a Antonio con su madre. Los niños, se miraron serios, mientras Paquita y Marta, abrazaban al niño de la otra, fuerte, de una manera especial, como si hiciera mucho que no les hubieran visto. Y a continuación, se abrazaron ellas.

De repente, Marta, se acordó: "¡Hostia..., mis padres, que no les he dicho nada más...!", y se echó mano al bolso y miró el móvil pero lo llevaba apagado. "Pobres...". Lo encendió, y allí vio que había siete

llamadas de ellos, sin haberles contestado.

- "Hola, mamá..., sí, ya lo sé, pero es que llevaba apagado el móvil y con la preocupación, pues tampoco he pensado en vosotros. Sí..., sí..., siete niños muertos y tres profesores, eso es lo que dice la gente por aquí, pero no, que Jorge está bien y de su clase, no parece que haya sido ninguno. Ya siento los nervios que habréis pasado, sí, sí, y yo también, claro, mamá..., lo siento..., pero estaros tranquilos que está muy bien Jorge y sí que sabe lo que ha pasado, porque ha visto más de lo que debería haber visto. Pues es que se ve, que se ha asomado a la ventana, a pesar de todas las advertencias de la profesora, por su seguridad y porque no vieran el drama que allí abajo tenían, pero en fin..., a ver cómo reacciona en los próximos días. No, sólo he visto a una de mis amiga, Paquita, que está aquí conmigo, es que hay un montón de familiares, curiosos, y periodistas... que no veas. Lo raro es que no me han mandado ningún whatsapp, ellas, tampoco. Ahora se les mandaré yo. Imagino que todos los chicos estarán bien. La putada es, los padres de los que ha matado, y las familias de los profesores...; qué cabrón, el que haya sido. Sí, eso dicen también por aquí, que parece obra de un desequilibrado, un chico joven según dicen y, encima, ex-alumno de este colegio. Si yo soy una de las madres de alguno de esos siete niños..., a ese cabrón no le valen sus desequilibrios..., vamos, como que me llamo Marta. ¡Joder, con los desequilibrados de los güevos...! Anda, mamá, que ahora iremos para allá", dijo Marta antes de colgar. Le apretó la mano a Jorge y le dijo a Paquita, que si se iban ya para casa. La amiga, estaba atendiendo al móvil, contestando y mandando whatsapps, al grupo de amigas del cole, y a algún familiar que también le había llamado.

Marta, se agachó a la altura de Jorge, y le vio esos ojos muy abiertos con los que la miraba, pareciendo que estaba empezando a reaccionar y a ser consciente de lo ocurrido, y se le partió el alma con esa mirada envuelta en angustia. Y no pudo evitar preguntarse: "¿Y si un día, este niño, creciera y se convirtiera en un asesino resentido... qué haría yo, si es lo que más quiero?". Apagó ese pensamiento y dijo que, ella, no dejaría que algo así, le pasara a Jorge. Sentía demasiado odio por el joven asesino, como para ponerse en la piel de sus padres. Antes que éstos, y durante muchísimo tiempo, estarían los de sus víctimas.

Pasó el tiempo y, con él, los funerales por los siete niños y los tres maestros. Las clases, volvieron a abrirse a la semana para intentar una normalidad que se fue recuperando muy lentamente y Jorge, junto con algunos niños más, atendía a sus estudios y también, a las charlas con los psicólogos que trataban de averiguar y hacerles sacar todo lo malo de esa terrible experiencia vivida.

Marta seguía acompañando a su hijo al cole, se veía con sus amigas y mientras esperaba que entraran a las clases, seguía vigilando la ventana tercera sobre la puerta que ponía "Dirección" como si el mal que en

aquella aula vacía anidó una mañana, pudiera volver a reproducirse de nuevo, en cualquier instante. Y todo, con el tiempo, pareció volver a ser como antes.

Pero Marta, sí cambió. Se le cayeron la mayor parte de las espinas que le habían ido saliendo a lo largo de su vida y se acercó a sus padres para que notaran cómo les agradecía, aunque fuera tarde, todo lo que por ella habían hecho, siguiendo lo que su instinto les había indicado, a veces mal y muchas veces, bien, soportando sus tempestades y confiados en que la vida, un día, la cambiaría.

Los padres de Juan-Carlos, cada sábado por la tarde, iban a visitarlo al centro penitenciario donde fue ingresado, dentro del módulo para enfermos mentales y allí empleaban sus cuarenta minutos de visita, en preguntarle lo de siempre, que cómo estaba, que si le trataban bien, que si hacía lo que le mandaban y que si se tomaba todas las medicinas que los médicos le recetaban. Juan-Carlos, era un interno ejemplar que no plantaba mayores problemas y colaboraba con los médicos en ayudar, con enfermos de mayor complejidad en el trato. Había comenzado un curso de psiquiatría a distancia del que no se obtendría ningún título académico, pero que esperaba le sirviera para comprenderse a sí mismo.

Cuarenta minutos no daban para mucho pero, nunca, para hablar de lo que había pasado aquella mañana. Era, como un mal sueño que ninguno se atrevía a sacar en las conversaciones en que se repetían los temas, semana, tras semana.

Cuando aquél suceso se desvaneció de los telediarios y de las páginas de sucesos de los periódicos y Marta, se atrevió a abrir una segunda tienda en un barrio alejado donde no se hiciera competencia consigo misma, Juan-Carlos estuvo listo para recibir la visita de los padres de uno de aquellos alumnos ajusticiados. Ese encuentro, formaba parte de su terapia y fueron los únicos padres que accedieron a realizarla. Antes, también habían tenido un encuentro con los padres de él, porque necesitaban quitarse de encima ese odio que ni les recuperaba al hijo muerto, ni les dejaba ser felices. Los cuatro, habían perdido a su hijo sin entrar en valorar los porqués ni los cómo. Unos, iban al cementerio cada semana a llevar flores al nicho donde estaba enterrado su hijo y los otros, a por su ración de cuarenta minutos a los que habían sido condenados, por ser los padres de Juan-Carlos.

- "Lo siento, no sé pedirles perdón por lo que hice. Ni puedo pedirles que me perdonen, porque tampoco siento que fuera yo quien hice aquello, aunque sepa que es así. Y no creo tener derecho a su perdón. Pero lamento lo que le ocurrió a su hijo. Sólo esto puedo decirles por ahora. Pero me gustaría que cuando sí que sienta esa necesidad de su perdón, que me permitan pedirselo, aunque no me lo concedan", les dijo Juan-Carlos. Y, sin ningún saludo, los padres se marcharon, dejándolo sentado

al otro lado de la mesa. Al salir del Centro Penitenciario, un poco más de alivio sí que sintieron. Y tristeza por su hijo muerto. Nunca más volvieron a utilizar lo de, "asesinado".

F I N